

## Regalos de amor en la laguna



Después de los retumbes de las canteras, el agua que nunca deja de fluir relleno los huecos, arroyo a arroyo, y formo las lagunas de San Martín de Valdetuejar. Paraíso de pájaros, algas y reflejos de sol.

Dos somormujos volaban juntos y se posaban en el agua. Nadaban enamorados. Dentro de dos días sería su aniversario. Hacían cinco años. Cuatro nidadas habían traído al mundo. Nada se decían mientras en el agua jugaban... estaban pensando que regalarse.

- Volveré pronto. – Arrancó a volar la Somormuja.
- Pasado mañana nos vemos. – Buceó Somormujo.

Tenían tarea de demostrarse en ese regalo, lo mucho que se querían y no resultaba fácil encontrar algo único e irrepetible. Nuestra pajarina, mientras planeaba por encima de la laguna en busca del detalle perfecto, notó que miles de ideas le asaltaban.

Pesó primero juntar en el lugar del futuro nido, como sorpresa especial, objetos de todos los colores. Amarillo de diente de León, lila de la lila, rosa de flor de cerezo, rojo de terruño, verde de junco y blanco de piedra pulida. Decoró con tanto mimo todo que se sentía orgullosa, hasta que al mirar al fondo de la laguna descubrió un brillo dorado. Era un anillo de pedida que alguien despechado había arrojado al fondo. Refulgía con intensidad. La somormuja se lanzó a por él ¿Sería ese el complemento que faltaba? Al sumergirse con fuerza, el agua se agitó y de barro se enturbió. Amarronadas y oscuras

las ondas se tragaron el tesoro que tanto anhelaba y cuanto más se movía para encontrarlo, tanto más se oscurecía el agua y tanto más se hundía en el lodo el anillo.

Agotada, se volvió para la orilla, mohina y desanimada. A su paraje de ensueño, le faltaba lo mejor. Ya no le parecía un buen regalo. Se le ocurrió entonces dibujar estelas al nadar. Podía pintar en la laguna paisajes y corazones, pero por rápido que nadase, los trazos eran breves. Las figuras no llegaban a terminarse. Antes de acabar de pintar el lago se volvía un espejo plácido. Nadaba con firmeza y agilidad, pero por mucho que acelerara paso, al final todo quedaba en nada.

Rendida y abatida miro al cielo azul, que en San Martín aquella tarde era profundo y más denso que de costumbre. De nuevo sintió renacer los ánimos. Tenía que encontrar el sitio desde el que puede verse el último rayo de sol al anochecer y el primero al amanecer. Ese sería el mejor regalo para su Somormujo. Ya se imaginaba acurrucada a su amado, cabezas entrelazadas, y viendo caer encendida la tarde o subir apasionada la mañana. Voló contemplando ángulos y brillos, de la lomera al estanque, del estanque a los mimbrales, de los mimbrales al cielo, del cielo a las orillas y de las orillas a los fresnos. Sin embargo nada. No encontró el lugar desde el que contemplar el crepúsculo. Esta vez no se entristeció ya que no quedaba tiempo para más. Mañana le contaría a su compañero que no había encontrado que regalarle. Estaba tranquila, porque había intentado darle lo mejor y sabía que no la quería por interés. El mejor regalo para el amor es el amor mismo.

El somormujo, meditabundo, cruzo de lado a lado la laguna. Faltaban dos días para el aniversario y todavía no sabía que ofrenda hacer. Mucho le gustaban las canciones de los humanos, pero también era mucho lo que los temía. ¿Sería buena idea regalarle una canción? ¿Cómo convencería a alguien para que la cantase? Se acercó hasta el pueblo

cercano dispuesto a convencer a un hombre para que cantase la más hermosa de las canciones. No había acabado de alzar el vuelo, cuando un disparo le congeló la sangre. Asustado se escondió en la maleza; por suerte había sido fallido. Un pavor inmenso se apoderó de su corazón y consiguió que no le pareciese buena idea encontrar un cantante. Horas después, cuando el silencio se hizo seguro, el somormujo salió de su escondite. Ya era de noche. Mirando las estrellas suspiró. ¿Qué más puede haber hermoso y especial?

Despegó. Las constelaciones le acompañaban. Ahora sabía cual sería el mejor presente. Tenía que volar altísimo y cogerle una estrella a su enamorada. Una estrellina menos en el cielo no había de notarse. Ascendía como el vapor, suave y solemnemente. Cuando llevaba un rato grande, noto el frío en las alas, pero eso no le rindió, al contrario... le llevó aún más alto. Conforme remontaba las nubes el hielo hizo presa en sus patas y escarchó su pico, pero aquello le dio aún más energía. A pesar de su valentía, las estrellas seguían a la misma distancia y parecía que no había recorrido ningún camino. Ráfagas de viento gélido plagadas de copos nevados golpearon su cuerpo y agitaron el abanico plumoso de su cuello. El cansancio hizo mella en su voluntad y dejó de agitar las alas. Cayó a plomo con una lágrima en los ojos y la certidumbre de que las estrellas seguían a la misma distancia. Mientras se desmoronaba titilaban a lo lejos la Estrella Polar, Orión y Alfa Centauro. Justo antes de estrellarse contra las aguas, tuvo la fuerza suficiente para batir las alas con furor. Esto permitió al somormujo amortiguar el golpe. Agotado floto un rato a la deriva, no podría decirse que nadara. Salió a tierra firme y metió la cabeza debajo de las plumas de los costados. Se pasó el día siguiente entero sin moverse y sin rebullir. No tenía nada que ofrecer a la somormuja. Estaba tranquilo, porque había intentado darle lo mejor y sabía que su compañera, no le quería por interés. El mejor regalo para el amor es el amor mismo.

Llegó el día señalado. La pareja se encontró en la mitad de la laguna. El sol resplandecía y la primavera se ponía su vestido festivo de flores y aromas.

- Amado.
- Reina.
- Feliz aniversario.
- Felicidad para ti también.
- No tengo nada que ofrecerte.
- Ni yo.

Una pena honda se clavó en sus corazones, pero apenas se miraron a los ojos, la sonrisa brillo en sus picos. El somormujo abrió el collar de plumas de su cabeza y juntos danzaron.

- Quise regalarte una canción pero cuando fui a pedirle a un humano que me la cantara un disparo casi me alcanza.

La somormuja cubrió con sus alas el dolor de su compañero, y cuando estaba consolándolo, las mujeres venían cantando con panderetas. Viejos cantares salían del pueblo de Renedo y bañaban de la laguna. La alegría se poso en el alma de los enamorados.

- Quise ofrecerte vida mía, un nidal lleno de colores, pero no fui capaz.

Al acercarse al lugar en el que estaba el nido decorado, un barbo surgió del fondo de la laguna, con un anillo en la boca:

- Hermanos somormujos, mucho sé que os queréis, por eso os regalo este anillo que encontré en el fondo.

No sabía el pez que era su aniversario. No esperó ni las gracias. A penas les entregó el anillo sumergió de nuevo los bigotes hasta las profundidades fangosas y el primer rayo potente de la mañana iluminó el paisaje. Todo el nidal se bañó de colores, calidez y

amanecer. El anillo brillaba en la boca de la Somormuja, que después de tanto buscar, por casualidad había elegido como hogar de ambos el más bonito.

Los somormujos chocaron los picos apasionados y se conmovieron. En ese momento una bandada de patos se posó en el estanque. Se pusieron a nadar y jugar. Sin ser conscientes de ello, dibujaron en la laguna miles de dibujos, paisajes, corazones y estelas románticas.

- Siempre me hubiera gustado- Sonrió la somormuja- pintarte en el agua lo que hoy pintan sin querer los patos. Pero bien se que una somormuja sola no puede sacarle al agua figuras y retratos.

Se lanzaron a volar y desde el cielo contemplaron las líneas que la bandada dejaba en el agua. Reconocieron dragones, caracoles, soles, lunas, arcos iris y flores de agua.

Al volver alucinados al nido, se estiraron sobre las patas y batieron las alas frente a frente, levantando polvo, paja y brisa, era su manera de decirse: “¡Que día más sublime hemos pasado!”. Se acurrucaron juntas y se durmieron aliento con aliento. Al despertar era ya de noche.

- Esposa, quise conseguirte una estrella, pero por mas que volé, atravesé fríos y subí, no fui capaz de acercarme un pie a ellas. Al final, tuve que desistir agotado. Menuda caída en el agua al aterrizar, pero aunque nada tengo que ofrecerte, te diré que Te Quiero. Feliz aniversario ¡Estrella mía!

En ese momento de dicha, los fuegos artificiales de las fiestas de Taranilla, uno de los pueblos de aquellos lugares, pincelaron y chispearon el horizonte y reflejaron sus brillos en la laguna. A penas se oían los petardos, de haberse oído de más cerca, los somormujos se habrían asustado. Pero en el silencio plácido de la oscuridad nocturna todo se llenó de color y de brillos. El somormujo, considero aquello una señal del cielo

y creyó que las estrellas bailaban para bendecir su amor y se consoló recordando el hielo de sus patas y la escarcha en el pico. Mereció la pena.

Somormuja y Somormujo se abrazaron. Todavía hoy viven felices en la laguna de San Martín de Valdetuejar. Cada año celebran su aniversario, pero siempre recordarán el día que hacían 5 años, porque el mundo entero se alió con sus anhelos. ¿Qué puede haber mas hermoso y especial que el regalo de encontrar alguien que nos quiera de verdad? Sólo hay una cosa, darse cuenta que el mundo entero se enamora cuando nos queremos.